

ELOGIO DEL LIBRO (*)

Por JOSE MARIA CASTRO Y CALVO
(Catedrático de la Universidad de Barcelona)

AL trazar el Padre Gracián el paradigma de la vida del discreto, establece aquellos tres compartimentos por los cuales una parte de la existencia debe dedicarse a escudriñar el pasado; a intervenir en el presente, y, por fin, la última, guiar y dirigir el futuro. Algo así como si quisiéramos decir que toda la sabiduría del hombre puede estar limitada a estos tres puntos fundamentales. El pasado, de quienes somos hijos, hemos de trasegarlo a nuestra vida interior; el espíritu alerta nos dará testimonio de la realidad que nos envuelve, mientras dura la peregrinación, y en cuanto al día próximo, que acude con la misma acelerada puntualidad de un combatiente a cubrir la baja en las filas y llenar así el vacío del tiempo, en cuanto a éste en nuestras manos está llevarlo a buen puerto. Pero será siempre enlazando estos tres estadios de la vida del discreto. Y así como en la familia puede tanto la fuerza del linaje, así en el gran linaje de todas las gentes, de todos los hechos, de todas las manifestaciones de la vida aunadas en un solo haz, que es la historia, forzosamente habrá de pesar la experiencia, y esto no es otra cosa que el tiempo perdido sin remedio de no quedarse entre las mallas del recuerdo y la razón.

Nos es dable conocer el pasado y conversar con los que fueron. Pasaron ya, en cuanto a su presencia corpórea y física; pero su retrato espiritual, lo que de ellos es verdaderamente eterno, quedó en las páginas de los libros. No se ha inventado cosa de mayor eternidad de la fama entre los mortales que este prodigio escrito. La gran batalla de los siglos por alcanzar la inmortalidad culminó el día en que por la escritura se fijaron los estados espirituales de los hombres. Su voz resultaba pequeña, en el espacio y en el tiempo; solamente podría alcanzar a los más próximos, y la suprema aspiración de hacerse escuchar, de pasar a través de los siglos, solamente pudo realizarse con este asombroso artificio. Hoy mismo, tan sacudido el mundo por las más diversas corrientes, sigue en pie este afán. Pesa sobre el momento tanto el pasado aleccionador como la responsabilidad de un experimental futuro.

Esto es, sin duda, la gran cualidad del libro. Inseparable del hombre en todo momento, irrumpe de tal manera en la vida, que ya nunca la soledad podrá contarse de un modo estricto. Una corteza, un a modo de manto, cobijará el alma humana. La que nació con primores platónicos abrirá sus puertas al mundo experimental; la realidad entrará así, día a día, contrastada por la letra escrita. De este modo, el valor intelectual descenderá sobre el área de la experiencia. El libro, compañero del hombre, pudiera ser el tema de todos los tiempos. Dime lo que lees y te diré cómo piensas, o bien, invirtiendo términos: Dime lo que piensas y descubriré tus preferencias literarias. Todo es uno y lo mismo: fluencia y cadena, enlazando al hombre, a la triple dimensión de su vida: trabajo, experiencia, voluntad, sinónimos de ayer, presente y porvenir. Dime qué libro llenó tus horas amargas y conoceré tu mal, y acaso hallemos otros para remediarlo. En cada momento decisivo surgió un libro, o una serie de ellos, o quizá toda una generación de escritores, causa y efecto a su vez de los grandes sucesos. Los libros crearon esta atmósfera espiritual y fueron clave en los tiempos, indescifrables sin su lectura atenta. Lo de menos es, naturalmente, las peculiaridades y los personalismos, como casos de individualidad; lo más es esta cohesión de los libros todos, de los hechos todos, de los tiempos todos, hasta formar el acervo de la historia.

(*) Alocución pronunciada en el acto Literario Musical de conmemoración de la Fiesta del Libro 1962, en Barcelona.

Suele en estas fechas, como tributo inevitable, establecido en el curso de los años, traer en las fiestas del libro el nombre y el ejemplo de Cervantes. Nada, en efecto, puede superarle; es un escritor transitivo entre dos épocas, y su evidente papel de mediador y enlace siempre le pondrá por modelo del Gran Siglo que acaba con las sombrías consideraciones de un Imperio que se cuarteaba y la violenta torsión de las formas estéticas con que el barroco envolvía sus pensamientos hasta desembocar en la fría lisura neoclásica. Su libro parece afirmarnos que allí comienza la razón; pero también que el uso de la mucha razón caerá en el más craso prosaísmo.

El lector de la gran obra de Cervantes lo que no recuerda al final, vencido por el patético recobrar el seso quien del todo lo había perdido, es el comienzo; la modesta vida de un hidalgo, uno de los muchos que por aquellos tiempos asoman a los sombríos lienzos del Greco, en los pasajes más angustiados del "Guzmán de Alfarache" o entre la selva de la picardía del "Lazarillo" y el "Rinconete". En ellos había un afán de inmortalidad. A cualquier precio, el imperativo de aquellas vidas aspiraba al heroísmo; todo menos que hundirse en la mediocridad; aun la vida sencilla de la aldea castellana aspiraba a su parangón con la de la Corte. No olvidemos que Don Quijote, prototipo platónico, el más acentuado en nuestra literatura, es un gran amante de los libros; no olvidemos que de los viejos de caballerías, entre las extravagancias de una épica asaz deformada, palpita el amor ideal, que hace posible la exaltación de una mujer amada que no ha existido nunca. Y sólo cuando el héroe siente desvanecerse aquella quimérica figura, sólo entonces tiene que encarnarla en un prototipo real, simbólico de su amor. La ilusión, el desengaño, la tristeza de haber soñado cosas inaccesibles aceleran la muerte de Don Quijote. Si los sueños de gloria iban mucho más allá de las empresas ultramarinas, fueron los libros—en aquella ocasión, malhadados libros—los que descarraron su razón. Las cosas vistas y medidas no tenían el ámbito de una dimensión exacta, no eran como los otros las veían; estaban fuera de la realidad, desquiciadas del lugar ocupado. Los libros habían creado así un estado de conciencia en el héroe que lo animaba hasta el final. Cuando ya viese claro y como los demás hombres esta vuelta a la realidad y a la verdad, ¿qué nuevos libros demandaría, qué otros consuelos podría encontrar en ellos? La lectura consumió las tres cuartas partes de su hacienda; con todo no llegaba a pobre quien tan rico había sido de espíritu. ¿Le esperaría la dulzona literatura pastoril, llenándole mente y corazón de Fléridas, Galateas, Dianas y Camilas? ¿Volvería a los libros religiosos; quizás aquel pequeño "Tratado de la Oración y Meditación", de San Pedro de Alcántara, libro que, como de todos es sabido, pudo encender y despertar el alma no menos caballescaca de Santa Teresa? ¿Se perdería en las páginas espesas de Huarde de San Juan, o en las intrincadas discusiones de Jerónimo Mondragón? En los libros de piedad encontraría, sin duda, una especie de dilación para reglar sus jornadas en el mejor servicio de Dios. Al fin, eso era lo que le quedaba; al volver a la norma, de la cual no debió salir jamás, los libros le acompañaron en su soledad hasta el final. Leídos, imaginados, acaso sentidos tan sólo. La voz del pasado entró así a través del alma del "Quijote", en la del hidalgo Cervantes, rico en desventuras y en fortaleza para superarlas.

Podía pensar Cervantes, al poner punto final a su libro, que un paréntesis sentimental, suyo y de la España de su tiempo, hacía crisis. Algo terminaba y algo empezaba de nuevo. El enmudecía poniendo la patética dedicatoria al "Persiles" y recordando coplas famosas:

*"Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo."*

Pero las voces de los pasados seguían escuchándose. Nunca pudo sentirse más finamente concordado este tono de alegría, que arrancando del tañir manriqueño cruzaba por las brisas serenas de la "Epístola moral a Fabio", con las serias advertencias para

rectificar la política de un Imperio amenazado de quiebra. El pensamiento grave y trabado de un Quevedo, o de un Saavedra, derivarían al cerrar el barroco en el ansia inmortal de Calderón y de Gracián. Ellos representarían, frente a todos los "Quijotes" que mueren, los Segismundos que despiertan, quizá rompiendo los moldes cartesianos, a la vida y a la esperanza.

Los libros acompañaron a Cervantes y ellos continuaron su tradición.

Caído en desgracia del Emperador, lamentaba el poeta Ovidio, como nuestro Garcilaso, dolores y penas del destierro. Hasta aquel momento la vida se le ofreció sencilla y fácil; se le llenaba de tinieblas, después. Lejos de su patria, consumido por la nostalgia, encarga a su libro, en la dedicatoria, que lleve al Emperador sus sentimientos. No escribe el libro para entonces—ningún escritor puede considerarse circunstancial—, sino para luego, es decir, para siempre. El libro tiene así una potencia creadora y eterna. Reflejo del pasado, testigo del presente, advertencia del porvenir; como la Historia o, acaso, el libro, la Historia misma. Por la más alta facultad humana, la mejor expresión de la vida en toda su complejidad.

Y no se pierde, sino que se recrea en cada generación de lectores. Apenas salido de manos del autor, sobre la Minerva creadora, cayó la atención del discreto; de la mutua interferencia pudo salir un nuevo libro; quizás adoptar una profunda determinación. Un libro, aparentemente claro en su propósito, como el "Príncipe", de Maquiavelo, sorprende tanto en la hondura como en la amplitud de concepción. Alguien pudiera creerlo catecismo imprescindible del gobernante; otros, experiencia política de formas caducas; no faltará quien descubra un sentido poético creador. En la literatura del Siglo de Oro, en aquella variadísima "gamma" habrá para todos los gustos. Ya sorprenderá el dualismo de grandeza y picardía resignada y alegre de vivir bajo cielos altos. Ya sorprenderá el recogimiento ascético al lado de la voluntad puesta a prueba caminando tras las fundaciones; el elegiaco platonismo de un dolorido sentir llenado la lírica petrarquista y la poesía pura salvada en los primores culteranos; el desengaño y la experiencia del vivir, y la fe en la vida del espíritu. Pero las diferencias abismales, todo aquello por lo cual nuestros libros de los mejores tiempos ofrecerán siempre nuevos modelos y diversas exégesis, serán las de aquellos que, al tratar de la dignidad humana, quieren engarzar nuestra vida en la gran corriente de los tiempos; quieren mostrarnos la sabiduría mantenida en su memoria, extender los años de nuestra vida en un "antes" y en un "después"; quieren hacernos sentir cuanto sintieron nuestros viejos libros.

De nosotros dependerá siempre su suerte próspera o adversa. No podrá repetirse una transmisión fácil y sencilla. Cada nueva generación de lectores interpretará y valorará el pasado, este pasado amorosamente guardado entre las páginas de un libro. Alguno habrá que, tras épocas de esplendor, vea oscurecerse su estrella; caerá en olvido el libro que un tiempo apasionó. El suceso y la circunstancia, envolviendo cada época y guiándolo con signo y brújula distintos, enaltecerá el que antes prefirió o sacará a la luz aquel otro postergado. Cada momento podrá tener su libro no sólo actual, sino el de ayer. Pero quizá ninguno de ellos desaparezca del todo.

En la vida de cada hombre suele pasar este acontecer. El libro que ayer leímos con apasionamiento y con agrado años después nos parece insoportable. El libro es el mismo; pero nosotros hemos cambiado. Nuevas lecturas, nuevos gustos, nuevas preferencias. Aquella sensibilidad falsa, aquel dorado modernismo, aquella vieja bohemia, nos parece morbosa y carcomida. Nos parece extraña. Gustamos mejor de este otro libro, mucho más moderno, más recortado de estilo, sin hojarasca retórica, sin pizca de ampulosidad. Deseamos, ante todo, que este nuevo libro, que hoy cayó en nuestras manos, sea fiel testimonio del tiempo moderno, deseamos que tenga "mensaje"; quizá nos agradan ciertos toques sociales. Y, sin embargo, cuando pasen más años acaso echaremos de menos aquel sentimental romanticismo de antaño. Quizá volveremos a soñar con un mundo verleniano de sirenas, lagos y colores; quizá amaremos aquel otro sen-

social de Garcilaso y escucharemos su voz, poética como siempre, en tanto que lo más próximo nos habrá parecido pura arqueología.

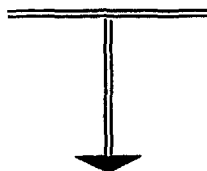
Y los libros serán los mismos, y las cosas a nuestro alrededor idénticas, y la Historia y la Poesía irán repitiéndose mientras vibre en el alma el sentimiento.

Pero no podremos separarnos de él. En cada momento, en cada instante, lo que de verdad permanece en nuestra vida fugaz es el libro. Aquel que leímos apasionadamente un día; el que escribimos tras largas y penosas horas de vigilia y experimentación; el que creamos en otras febriles; el que hubiéramos deseado escribir, y al que como a una amada imposible hubimos de renunciar. Pero ¿dejó por eso de existir el amor?

Del amor al libro se han dicho hartas cosas en todos los tonos: desde el sencillo catecismo escolar hasta los consejos a los Bibliotecarios.

Yo digo como final: repito lo que dije al principio: recuerdo, voluntad y esperanza sobre la triple dimensión: pasado, presente, futuro; entre los tres está el libro, y el libro es nuestra vida.

editorial



BELLO

EDICIONES DE OBRAS DE TEXTO

Dirección comercial:

Barcas, 5 y Grabador Esteve, 29
Teléfonos 21 28 00 y 22 77 29

V A L E N C I A